

Notas sobre la imaginación en la modernidad

(Kant, Hegel y Baudelaire).

La imaginación ha sido uno de los tópicos más explotados: el cine, la literatura, el teatro, la pintura, y todo aquello que tenga relación con las artes; pero también ha sido abordado desde la filosofía, en cuyo discurso la imaginación toma un lugar especial, al representar una expresión de libertad para el hombre. El Dr. en Filosofía Roberto Sánchez Benítez, Profesor investigador de la UMSNH, nos presenta la importancia de la imaginación en la modernidad, desde una perspectiva filosófica.

Roberto Sánchez Benítez

Parece ser que fue Aristóteles quien introdujo por vez primera, en la filosofía, el término de “imaginación” (phantasia), para señalar el proceso mediante el cual una imagen se presenta a nosotros. De acuerdo con el filósofo griego, el alma nunca piensa sin una imagen mental; es por ello que representa un rol esencial en todas las formas de pensamiento; es más, se encuentra conectada con nuestro deseo, en la medida en que ese deseo es algo que no se encuentra presente y para lo cual se requiere de una imagen. La imaginación quedará vinculada al pensamiento de cosas que no ocurren en el presente, o que no se presentan de manera inmediata a los sentidos.

Muchos siglos después, Kant situará a la imaginación como mediadora entre la percepción y los conceptos, entre el sentido y el pensamiento. De hecho, el conocimiento fenoménico del mundo es posible gracias a la imaginación como poder de síntesis espontánea operando en la barrera trascendental de la conciencia (Murdoch, 1993, p.308). La imaginación consiste entonces en una capacidad intuitiva espontánea de colocar lo que se nos presenta bajo la forma de una experiencia coherente espacio-temporal, la cual se encuentra intelectualmente ordenada y sensorialmente basada. Ya Hume había sostenido que la imaginación era la responsable de la manera en que “categorizamos” los cosas en clases. Se refiere a la forma de atrapar los objetos sometiéndolos a un “esquematismo” por el cual son puestos en el camino del entendimiento. De alguna manera, dicha facultad nos previene del caos; es la condición mínima para “experimentar” el mundo, mientras que, por otro lado, en el plano más elevado de una escala hipotética, se presenta como un poder inventivo libre, propio de mentes excepcionales.

Para Kant, la imaginación reflexiona la forma del objeto, en oposición al elemento material de las sensaciones que ese objeto provoca en tanto que existe y actúa en nosotros. La representación reflexionada de la forma en la imaginación constituye el placer superior de lo bello. La imaginación remite entonces a los objetos particulares en cuanto a su forma; es por ello que no remite a un concepto determinado del entendimiento, sino que remite al entendimiento en cuanto facultad de los conceptos en general, es decir, está relacionada con un concepto *indeterminado* del entendimiento (Deleuze, 1974, p.65).



La imaginación hace algo más que “esquematizar”: manifiesta su libertad más profunda al reflexionar la forma del objeto; se desenvuelve en la contemplación de la figura; se vuelve imaginación productiva y espontánea “*como causa de formas arbitrarias de intuiciones posibles*” (Kant). La imaginación es un ejercicio de la libertad. Formas sin concepto; juego libre. Es la facultad especulativa más libre.

Hay un acuerdo entonces entre la imaginación libre y el entendimiento no determinado, es decir, un acuerdo libre e indeterminado entre las facultades. Libre juego de la imaginación que se realiza sin la conducción de un concepto determinado. Acuerdo que define un sentido común propiamente estético (el gusto). Juego que no puede ser intelectualmente conocido, sino tan sólo sentido.

En el caso de las artes, la imaginación trabaja para la elaboración de objetos únicos, los cuales tienen, de cualquier manera, la forma de los objetos en general. Aquí, la imaginación opera de manera libre de acuerdo con sus propias leyes para producir belleza. La imaginación inventa, fuera del caos del mundo ordinario, el orden único de los objetos del arte, la experiencia de la belleza, es decir, una segunda naturaleza (nuevos seres). Producción de objetos no conceptuales.

Kant entiende la imaginación como una actividad interior de los sentidos, de ahí que no se trate tan sólo del problema del entendimiento, sino de la forma en que opera y se construye nuestra consciencia. De ahí que, para muchos, la crisis de la modernidad pueda verse también como una crisis de lo imaginario (lo cual incluya tanto al mito como a la metafísica). Una idea de la imaginación siempre supone una idea de la conciencia. Detrás del problema de la imaginación deberíamos entonces reconocer el problema de la actividad pensante-sensible de la mente.

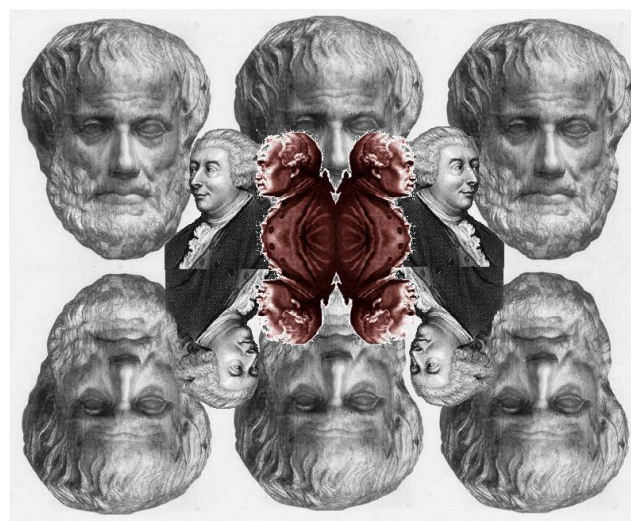
Por su parte, Hegel distingue dos sentidos de la imaginación (Derrida, 1972, p.88). El primero se refiere a su carácter “reproductivo”, en la cual la inteligencia se vale del “fondo” o “fuente” de reserva inconsciente, formado por todos los contenidos de la inmediatez sensible. A partir de un proceso de “rememoración”, la intuición deviene imagen, se separa de la inmediatez y de la singularidad para permitir el pasaje al concepto. Imagen interiorizada en el recuerdo. Es reproductiva puesto que se vale de imágenes de la “interioridad propia del yo”. Es a partir de este dominio idealizante que la inteligencia se produce como fantasía, imaginación simbolizante, alegorizante, poetizante. Todas las formaciones de que es capaz provienen de ese trabajo de síntesis sobre un dato intuitivo, pasivamente recibido del exterior, dado en un reencuentro. El trabajo de la inteligencia se lleva a cabo sobre un contenido encontrado. En sentido

estricto, este tipo de imaginación no crea nada, no produce nada, no imagina nada. Sin embargo, es el paso necesario para la imaginación “productiva”.

En la segunda forma de imaginación -la intuición de sí-, la relación inmediata consigo mismo, tal como se forma en la imaginación reproductiva, deviene un ente o “cosa”, signo. El signo es entonces engendrado por una producción fantástica, por una imaginación haciendo al signo, saliendo fuera de sí “en sí”. La imaginación productiva es una simple exteriorización, es decir, una expresión, la puesta “afuera” de un contenido interior.

Derrida no duda en sostener que la imaginación productiva resulta ser un concepto fundamental de la estética hegeliana. Señala que la imaginación productiva hegeliana tiene un sitio e importancia iguales a las de la imaginación trascendental kantiana ya que, por un lado, su intermediación entre la sensibilidad y el entendimiento comporta los predicados contradictorios de la pasividad receptiva y de la espontaneidad productiva; mientras que, por el otro, también la imaginación trascendental está referida al tiempo: existe una relación esencial entre la imaginación productiva de los signos y el tiempo. El signo pertenece tanto a lo interior como lo exterior, a lo espontáneo como a lo receptivo, a lo inteligible como a lo sensible, a lo “mismo” como a lo “otro”; el signo no es nada de esto, ni de aquello ni de lo otro, etc.

La imaginación productiva es la “fantasía creadora de signos”, el medio, el lugar en el que se unen los contrarios (semipoética), donde las contradicciones se reconcilian; el lugar de “paso” donde lo universal y el ser, lo propio y el ser encontrado están perfectamente unidos. Fantasía que no



«Bustos»

N.O.V.A



puede desvariar indefinidamente ya que la razón es la que interviene para ponerla en vista de la verdad como lo que le falta y hacia lo cual hay que llegar.

Hegel considera que la imaginación pertenece tanto al dominio de la sensibilidad, como al de la razón. Pertenecer a la segunda a través del pensamiento general, que penetra los detalles y les imprime su unidad. Desde el punto de vista de la percepción sensible, la imaginación se distingue del pensamiento en la medida en que deja las formas del mundo visible simplemente yuxtapuestas, mientras que el pensamiento racional las concibe en su relación de dependencia lógica, de reciprocidad o causalidad.

Finalmente, para el gran poeta francés Charles Baudelaire, la imaginación es la reina de las facultades (quizá muy al estilo kantiano). Sin ella, aquéllas no podrían existir, aunque las pueda llegar a reemplazar. Las “toca”, las excita y envía a “combatir”. En ella radican el análisis y la síntesis, pero es también sensibilidad. En este sentido, la imaginación ha enseñado al hombre el sentido moral del color, del contorno, del sonido, del perfume: “*Ella creó, al comienzo del mundo, la analogía y la metáfora. Ella descompone toda la creación y crea un mundo nuevo, produce la sensación de lo nuevo, con materiales amasados y dispuestos según unas reglas cuyos orígenes sólo pueden encontrarse en lo más profundo del alma*” (Baudelaire, 2000b, p.1290). Con gran determinación, Baudelaire hace de la imaginación la “reina de lo verdadero”, a lo cual pertenece *lo posible*. Si ella ha “creado” el mundo en un sentido, es justo entonces que lo pueda gobernar.

Baudelaire avala la idea de que existe una imaginación “creativa”¹, que se opone y resulta ser una función más elevada que el simple “fantasear”. Ella es la que mantiene una lejana relación con los poderes que han creado lo existente. El trabajo de un artista con imaginación creativa no sólo reproduce lo que ve, sino que lo piensa y lo siente. Es más una obra de sueños que de realidades. El verdadero artista deberá ser más fiel, en consecuencia, a sus sueños. De ahí que la obra resultante deba estar producida de la misma manera que se produce un mundo. Creación hecha de creaciones, donde unas y otras se complementan, donde una es el paso para la que sigue: “*un cuadro elaborado de manera armónica consiste en una serie de cuadros superpuestos, donde cada nueva capa otorga al sueño mayor realidad y le hace subir un peldaño en la escala de la perfección*” (Baudelaire, 2000b, p.1296). El artista imaginativo es quien quiere iluminar las cosas con su espíritu y proyectar su reflejo sobre los demás.

La idea de Baudelaire sobre la imaginación tiene sentido si se recuerda que para él, como lo sostiene en su poema

“Correspondencias”, todo el universo y la naturaleza no son sino un almacén de imágenes y signos a los que la imaginación ha de asignar un lugar y valor relativos: es lo que debe transformar. Las dos primeras cuartetos del tal poema dicen:

*La Naturaleza es un templo de vivientes pilares
que dejan salir a veces confusas palabras;
el hombre lo recorre a través de bosques de símbolos
que le observan con miradas familiares.*

*Igual que largos ecos que a lo lejos se confunden
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche y como la claridad,
los perfumes, los colores y los sonidos se responden*
(Baudelaire, 2000a, p. 1296).

En Baudelaire persistirá el planteamiento romántico de recuperar una unidad cósmica perdida. Unidad de las relaciones entre las cosas y el espíritu mediante experiencias excepcionales, “hechicería evocadora”, le llama Bégúin. Unidad establecida a partir de la magia, las correspondencias, el trabajo de las analogías y del arte. La imaginación le permitirá, de alguna manera, captar lo eterno en lo momentáneo o efímero. Es decir, buscar lo poético en lo transitorio; extraer la “belleza misteriosa” que pueda existir en los más extraordinarios objetos, o en las más desconcertantes experiencias, en los lugares más exóticos, en la más dispar de las épocas. Imaginación moderna, a saber, “*lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad lo constituye lo eterno y lo inmutable*”.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, Ch. (2000a). “Las flores del mal”. En *Obras selectas*. Madrid: Edimat.
- Baudelaire, Ch. (2000b). “Salón de 1859”. En *Poesía completa. Escritos autobiográficos. Los paraísos artificiales. Crítica artística, literaria y musical*. Madrid: Espasa.
- Deleuze, G. (1974). *Spinoza, Kant y Nietzsche*. Barcelona: Labor.
- Derrida, J. (1972). *Marges de la philosophie*. Francia: Editions du Minuit.
- Murdoch, I. (1993). *Metaphysics as a Guide to Morals*. England: Penguin Books.

¹ Así como podemos encontrar resabios del planteamiento kantiano en las propuestas del poeta, así también pareciera resurgir Hegel en el mismo. Detectar la presencia del idealismo alemán en las vanguardias artísticas del siglo XX ha sido una tarea interesante. Se sabe de la lectura que de Hegel hiciera Mallarmé, por ejemplo.

